

La herencia ateniense

Por N. VIERA ALTAMIRANO

(Envío del autor).

Insistamos en señalar ese índice material y espiritual de los hombres —individual o colectivamente actuantes— que son sus «preocupaciones» o lo que un filósofo contemporáneo ha llamado «las valoraciones y los ideales que llenan la historia de los pueblos», historia que viene a ser en buena medida la propia historia o vida del hombre individual. Porque el valor va con el poder —volvemos a decirlo— y una forma del poder espiritual de una raza se expresa certeramente en la altura de sus ideales. Sólo caben altos ideales en el alma de los pueblos con alto valor espiritual y con posibilidades de haber acumulado previamente y haber amasado desde antes lo que tiene que ser como el pedestal de ese más alto querer.

Es evidente que el medio ateniense representaba una acumulación de logros humanos, una civilización —su ciudad y sus leyes—, sobre la cual bien cabía la superestructura de algo superior, de algo lleno de mayor valía, que era su cultura. El ateniense poseía sus artesanías: se cortaba la madera, se fundía y se modelaba el metal, se labraba el agro, se domesticaba y erraba

el semoviente, se construía la nave y se edificaban los templos, las fortalezas, las viviendas, las murallas. El griego de Atenas poseía una culinaria y había alcanzado la técnica de un buen vino. Tenía, en resumen, lo que ha menester un pueblo para vivir, para crecer, para imponerse y sobrevivir en el orden material, en el sentido puramente material de la historia, de eso que existe aún en los animales inferiores y que si bien es rutina de contacto en el infusorio sabe también ser arquitectura en la abeja.

Pero no se había detenido allí, porque si bien la vivienda se supera en la fortaleza —vivienda de la ciudad— y en el templo y el buscar el alimento se supera con la aventura del mar, con la aventura del intercambio y del viaje y ya una ciudad representa un ahorro —el saldo de lo producido ayer pero no consumido totalmente ayer—; si bien todas esas cosas materiales expresan la preocupación económica del hombre, hay que advertir que ya en la construcción de los templos y las naves de guerra iba algo que sobrepasaba la medida material. El hombre que antes bebía el agua en sus manos llegó a sentirse urgido a beberla en un

artefacto y con el tiempo el artefacto alcanza la categoría de la obra de arte maestra. Y este sobrepasar de la necesidad inmediata, esta adición —inapreciable en su comienzo— a lo que es lo cotidiano, es lo que queremos llamar cultura porque expresa el resultado de un afán y porque ese afán está siempre dirigido por una valoración más alta, verdadero imán y talismán, estrella guiadora, norte sospechado en la larga navegación del hombre que va en busca de la verdad del mismo ser humano.

Entre esas adiciones están estos motivos atenienses: el buscar la verdad y amarla para hacerla filosofía; el convertir la palabra en algo que cada vez expresaba más cosas del alma humana, encendiéndola de cadencia y recuerdo como para hacerla pasar certeramente por el corazón; el pensar en la ciudad y en la ley como manera de responder a los tropiezos de la convivencia de seres que no ven de la misma manera ni tienen parejas preocupaciones. Toda esta superabundancia espiritual se acumulaba en el vivir ateniense y se transmitía de una generación a otra. En cierta medida era lo buscado ayer, no consumido ayer y que se guardaba para el mañana. Pero no en menor medida esa adición era lo imperecedero de la cultura, lo que no podía destruirse.

La Revolución mexicana

Por Blanca Lydia TREJO

(En Rep. Amer.)

Su fuerza ideológica, es reconocida por una autoridad diplomática, en los Estados Unidos, en momentos en que cualquier ansia de los pueblos de América por liberarse de sus tiranos, es combatida, atribuyéndosele inspiración comunista.

De la misma manera en que se juzgó, el acto de la expropiación petrolera, de la Reforma Agraria, y de algunos artículos de la Constitución como el tercero y el ciento veintitres, a los que aún la oposición sigue tildándoles de «comunistas». A este respecto, es importante el artículo publicado en el «Foreign Affairs Quarterly» que expresa: «Cárdenas era de criterio fundamentalmente antinorteamericano y no vaciló en usar a los comunistas para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos».

Cuando el articulista dice también: «La economía del país fue trastornada por el reparto de los latifundios y por la expropiación de las empresas petroleras extranjeras, pero se crearon las condiciones que permitieron a gran número de individuos mejorar en lo material, con lo que surgió una clase media».

Es decir, que el Gobierno acremente criticado, echó mano de el «material humano» capaz de establecer un equilibrio, principalmente económico, en consideración a la situación infrahumana en que tanto el latifundismo, como los monopolios, —más si son extranjeros,— tenían absorbidas las fuentes de la economía, en una de sus ramas más importantes.

Ese reconocimiento al movimiento nacional que lleva en su médula el mejoramiento de las grandes mayorías, es ya un principio, aunque aislado, —pero por algo se empieza,— de que la tierra, los tesoros del subsuelo, los minerales, los bananales, etc., pertenecen a sus pueblos y de ninguna manera a monopo-

lios extraños que alteran y explotan la economía de un país, inmiscuyéndose hasta en su política interna y sus maneras de gobernarse.

Con frecuencia al hambre, a las protestas en contra de las arbitrariedades, en contra de las injusticias, en los pueblos de América, les llaman «comunismo», cuando tan sólo se trata de anhelos humanos, comunes a todos los pueblos de la tierra. La propaganda maquiavelica que procede en esta forma, hace mucho mal a las democracias, porque las coloca en situación de prohijar las peores tiranías, y atribuye al comunismo la fuerza capaz de modificar los sufrimientos de las masas, otorgándole las mejores banderas.

Se necesita un juicio sereno como el del articulista que comentamos, el que se ofrece generalmente, cuando pueblos como el de México han desafiado ya las crisis políticas, los ataques de las poderosas Compañías extranjeras, la adversa propaganda y las calumnias, en vista de los favorables resultados de esa política, mañosamente tildada de «comunista», pero que puede ofrecer alivio y progreso, como el que ahora se recoge en México, gracias a los gobiernos emanados de la revolución, cuya secuela ininterrumpida, atiende ya uno ya otro renglón interesante del país.

Indiscutiblemente, los pueblos poseen un instinto que les hace respaldar a sus gobiernos, cuando estos son leales para con la patria, y poseen la convicción de que servirla, es el mejor timbre de gloria que puede un hombre desear para la posteridad. Esto se ha palpado en México, afortunadamente, y por eso cualquier movimiento nacional sigue su curso con características y fuerza propias, como tardíamente ahora es reconocido: